

POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*

COLLEEN HOOVER

9 DE

NOVIEMBRE

 Planeta

COLLEEN HOOVER

9 DE NOVIEMBRE

Traducción de Lara Agnelli

Título original: *November 9*

© Colleen Hoover, 2015

Todos los derechos reservados

Edición publicada de acuerdo con la editorial original, Atria Books, un sello de Simon & Schuster, Inc

© por la traducción, Lara Agnelli, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-08-28702-5

Depósito legal: B. 4.275-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



FALLON

Me pregunto qué ruido haría el cristal si le tirara el vaso a la cabeza.

Es un cristal grueso y él tiene la cabeza dura, por lo que no es descartable la posibilidad de un buen PATAM.

Me pregunto si sangraría. Hay servilletas en la mesa, pero no son de las buenas, de las que empapan bien la sangre.

—Así que, bueno, estoy un poco sorprendido, pero así son las cosas —me dice.

Al oír su voz, agarro el vaso con más fuerza para que no salga disparado y le parta la crisma.

—¿Fallon? —Se aclara la garganta y trata de suavizar sus palabras, pero igualmente se me clavan como puñales—. ¿Piensas decir algo?

Apuñalo la parte hueca de un cubito de hielo con la pajita, imaginándome que es su cabeza.

—¿Qué se supone que tengo que decir? —refunfuño, lo que me hace parecer una niña malcriada en vez de la adulta que soy a mis dieciocho años—. ¿Quieres que te felicite?

Me echo hacia atrás hasta que mi espalda choca con el banco corrido y me cruzo de brazos. Lo miro preguntán-

dome si el arrepentimiento que leo en sus ojos se debe a que le duele decepcionarme o si está actuando una vez más.

No han pasado más de cinco minutos desde que se ha sentado, pero le ha dado tiempo a convertir el banco en un escenario. Y de nuevo, me obliga a ser su público.

Tamborilea en la taza de café mientras me observa en silencio durante unos instantes.

Taptaptap.

Taptaptap.

Taptaptap.

Está convencido de que acabaré rindiéndome y diciéndole lo que quiere oír. No ha pasado conmigo el tiempo suficiente durante estos últimos dos años y no se da cuenta de que ya no soy la niña que recuerda.

Al comprobar que no reacciono ante su actuación, apoya los codos en la mesa, suspirando.

—Bueno, pensaba que te alegrarías por mí.

Niego con la cabeza con brusquedad.

—¿Alegrarme por ti?

«No puede estar hablando en serio.»

Se encoge de hombros y una sonrisa petulante se superpone a su expresión, ya de por sí fastidiosa.

—No tenía previsto volver a ser padre.

Se me escapa una carcajada de incredulidad.

—Soltar esperma en la vagina de una chica de veinticuatro años no convierte a un hombre en padre —replico con cierta amargura.

Mis palabras le borran la sonrisa de la cara. Se echa hacia atrás y ladea la cabeza. Ladear la cabeza fue siempre su gesto favorito, al que recurría cuando no sabía cómo reaccionar delante de una cámara.

«Finge que te estás planteando algo muy profundo y podrás hacerlo pasar por prácticamente cualquier emoción: tristeza, introspección, arrepentimiento, compasión...»

No debe de recordar que fue mi profesor de interpretación durante buena parte de mi vida y que esta expresión fue una de las primeras que me enseñó.

—¿Crees que no tengo derecho a considerarme un padre? —Parece ofendido por mi respuesta—. Entonces ¿qué soy para ti?

Trato su pregunta como si fuera retórica y apuñalo otro trocito de hielo. Logro deslizarlo dentro de la pajita y sorbo hasta metérmelo en la boca, donde lo mastico ruidosamente. Dudo que espere que le responda. No ha sido un padre para mí desde la noche en que mi carrera de actriz se truncó en seco cuando tenía dieciséis años. Y, para ser sincera, dudo que fuera un gran padre antes de esa noche. Nuestra relación se parecía más a la de un profesor de interpretación y su alumna.

Se lleva una mano a la frente y atraviesa con los dedos la línea de carísimos folículos capilares que se ha hecho implantar.

—¿Por qué actúas así? —Está cada vez más molesto por mi actitud—. ¿Sigues enfadada porque no fui a tu graduación? Ya te dije que tenía un compromiso ese día.

—No —respondo tranquilamente—. No te invité a mi graduación.

Él se echa hacia atrás y me mira con incredulidad.

—¿Por qué no?

—Porque solo tenía cuatro entradas.

—¿Y? Soy tu padre. ¿Por qué demonios no ibas a invitarme a tu graduación?

—Porque no habrías venido.

—Eso no lo sabes.

—No viniste.

—Pues claro que no fui, Fallon —replica poniendo los ojos en blanco—. No estaba invitado.

Suelto un suspiro hondo.

—Eres imposible. Ahora entiendo por qué te dejó mamá.

Él niega ligeramente con la cabeza.

—Tu madre me dejó porque me acosté con su mejor amiga; mi personalidad no tuvo nada que ver.

Ni siquiera sé cómo responder a eso. Este hombre no sabe lo que son los remordimientos. Lo odio por ello, aunque al mismo tiempo me da mucha envidia. En parte, me gustaría parecerme más a él y menos a mi madre. Por lo visto, él no es consciente de sus muchos defectos, mientras que los míos constituyen la espina dorsal de mi vida. Mis defectos me despiertan cada mañana y me mantienen en vela por las noches.

—¿Para quién era el salmón? —pregunta el camarero, que no ha podido llegar en mejor momento.

Levanto la mano y él me coloca el plato delante. La verdad es que se me ha quitado el hambre, así que me dedico a jugar con el arroz.

—Eh, un momento. —Alzo la cara hacia el camarero, pero veo que no se dirige a mí, sino que está mirando fijamente a mi padre—. Usted es...

«Ay, Dios. Ya estamos otra vez.»

El camarero da una palmada en la mesa y exclama:

—¡Lo es! ¡Es Donovan O'Neil! ¡Hacia de Max Epcott! Mi padre se encoge de hombros, fingiendo una modes-

tia que yo sé que no siente. Aunque lleva sin interpretar a Max Epcott desde que se canceló la serie hace diez años, él sigue reaccionando como si fuera el programa estrella de la parrilla televisiva. Y si actúa así es por la gente que lo reconoce. Se comportan como si nunca hubieran visto a un actor en persona. Pero es que ¡estamos en Los Ángeles, por el amor de Dios! ¡Aquí todo el mundo se dedica a la actuación!

Sigo con ganas de apuñalar algo, así que le clavo el tenedor al salmón, pero el camarero me interrumpe y me pide que les saque una foto juntos.

Suspiro.

Me levanto del banco a regañadientes. Él trata de darme su teléfono, pero yo levanto la mano y lo sorteo.

—Tengo que ir al servicio —murmuro alejándome de la mesa—. Os podéis hacer un selfi. Le encantan los selfis.

Me apresuro a entrar en el baño para descansar un poco de la presencia de mi padre. No sé por qué le he pedido que nos viéramos. Supongo que porque estoy a punto de mudarme y no sé cuándo volveré a verlo, pero no me parece una razón lo bastante poderosa para someterme a esta tortura.

Abro la puerta del primer cubículo. Cierro con pestillo, saco un protector de asientos del dispensador y lo coloco sobre la taza del váter.

Una vez leí un estudio sobre las bacterias en los lavabos públicos. Resultó que donde menos había era siempre en el primer cubículo. La gente suponía que era el más usado y pasaba de largo. Pero yo no; yo solo uso el primero.

Antes no era tan maniática con las bacterias, pero, tras

pasar dos meses en el hospital a los dieciséis años, me volví un poco obsesivo-compulsiva sobre el tema de la higiene.

Cuando acabo de usar el baño, me paso al menos un minuto lavándome las manos. Durante todo este tiempo, me miro las manos porque no quiero verme en el espejo. Cada vez me resulta más fácil evitar mi reflejo, pero, de todas formas, al alargar el brazo para coger una toalla de papel, me veo de reojo. Da igual las veces que me vea, no logro acostumbrarme a la imagen que me devuelve el espejo.

Me llevo la mano a la cara y acaricio las cicatrices que me recorren el lado izquierdo, descendiendo hacia la mandíbula y el cuello, donde desaparecen de la vista bajo la camiseta, aunque siguen ahí. Me recorren todo el lado izquierdo del torso y se detienen justo encima de la cintura. Me paso los dedos sobre la superficie de piel que ahora parece cuero fruncido, sobre las cicatrices que me recuerdan constantemente que el fuego fue real y no una pesadilla de la que puedo despertar si me pellizco el brazo.

Después del incendio pasé varios meses vendada, sin poder tocarme buena parte del cuerpo. Ahora que las quemaduras están curadas y lo único que queda son las cicatrices, me paso muchas horas tocándolas de manera compulsiva. Son suaves, como de terciopelo elástico, y lo normal sería que su tacto me resultara tan repulsivo como su aspecto, pero, en vez de eso, me resulta agradable. Siempre me estoy acariciando el cuello o el brazo sin darme cuenta de lo que hago, leyendo las marcas de mi piel como si estuvieran escritas en braille, hasta que me doy cuenta y paro. No debería gustarme nada relacionado con el aconteci-

miento que me arrancó mi antigua vida de cuajo, ni siquiera el tacto aterciopelado de las cicatrices.

Su aspecto es otro rollo. Es como si ahora todos mis defectos estuvieran cubiertos por mechas y reflejos de color rosa para llamar la atención de todo el mundo. Da igual lo mucho que me esfuerce en cubrir las cicatrices con el pelo o la ropa, siguen ahí. Siempre estarán ahí, un recordatorio permanente de la noche que destruyó las mejores partes de mí.

No soy muy dada a celebrar aniversarios o días especiales, pero, cuando me he despertado esta mañana, lo primero que me ha venido a la cabeza ha sido la fecha. Probablemente porque fue lo último en lo que pensé al acostarme anoche. Han pasado dos años desde que se declaró un incendio en casa de mi padre, uno que casi acabó con mi vida. Supongo que por eso quería que nos viéramos hoy. Tal vez esperaba que él se acordara, que me dijera algo que me hiciera sentir mejor. Sé que se ha disculpado un montón de veces, pero ¿cómo puedo perdonarle que se olvidara de mí?

Normalmente pasaba en su casa una noche a la semana como mucho, pero esa mañana le envié un mensaje para advertirle de que me quedaría a dormir con él. Cualquiera pensaría que, al prender fuego a su casa de manera involuntaria mientras yo dormía, mi padre vendría a rescatarme. Pero no es solo que no viniera, es que se olvidó de que estaba allí. Y, por lo tanto, nadie supo que yo estaba en la casa hasta que me oyeron chillar desde el piso de arriba. Sé que él se siente culpable por lo que pasó. Durante semanas no paraba de disculparse cada vez que nos veíamos, pero luego sus disculpas se volvieron tan poco

frecuentes como sus visitas y sus llamadas de teléfono. El rencor que le guardo sigue ahí, demasiado reciente, aunque desearía que hubiera desaparecido. El incendio fue accidental. Sobreviví. Trato de concentrarme en esas dos cosas, pero es difícil, porque pienso en ello cada vez que me miro.

Y pienso en ello cada vez que alguien me mira.

Una mujer entra en el baño y, al verme, aparta la mirada rápidamente antes de meterse en el último cubículo.

«Debería haber elegido el primero, señora.»

Me vuelvo a mirar en el espejo. Solía llevar una melena a la altura de los hombros con un flequillo atrevido, pero me ha crecido mucho en los últimos dos años. Y no por casualidad. Me peino con los dedos, haciendo que la melena oscura me tape el lado izquierdo de la cara. Me bajo la manga hasta la muñeca y tiro del escote para cubrir tanto cuello como puedo. De esta manera, las cicatrices casi no se ven y soy capaz de mirarme en el espejo.

Antes me consideraba bonita, pero ahora necesito el pelo y la ropa para esconderme.

Cuando oigo que tiran de la cadena, salgo de los baños antes de que lo haga la señora. Hago lo que puedo por evitar a la gente, y no porque tenga miedo de que se me queden mirando. Los evito porque no me miran. En cuanto posan los ojos en mí, los apartan a toda velocidad, porque tienen miedo de parecer maleducados o intolerantes. Me gustaría que, al menos una vez, alguien me sostuviera la mirada. Hace demasiado tiempo que no me pasa. Odio admitir que echo de menos la atención que solía recibir, pero es la verdad.

Regreso a la mesa y compruebo, decepcionada, que mi

padre sigue ahí. Esperaba que le hubiera surgido alguna emergencia y se hubiera marchado mientras estaba en el baño.

Qué triste que me parezca preferible la idea de encontrarme con una mesa vacía que con mi propio padre. Al darme cuenta, estoy a punto de fruncir el ceño, pero me distraigo al fijarme en el tipo sentado a la mesa junto a la que estoy a punto de pasar.

Normalmente no observo a la gente, sobre todo teniendo en cuenta que ellos hacen lo posible por evitar el contacto visual. Sin embargo, este tío me está dirigiendo una mirada intensa y llena de curiosidad.

Lo primero que me viene a la cabeza al verlo: «Lástima que no me lo encontrara hace dos años».

Es algo que pienso cada vez que me cruzo con tíos que podrían resultarme atractivos. Y este entra en esa categoría. Es mono, pero no al estilo de Hollywood, como casi todos los que viven aquí. Esos son todos iguales, como si existiera un molde de actor de éxito y todos trataran de encajar en él.

Este tipo, en cambio, es todo lo contrario. Tiene una barba incipiente, pero no de esas simétricas y tan trabajadas que parecen una obra de arte. Esta barba es irregular, como si se hubiera pasado la noche trabajando y no le hubiera dado tiempo a afeitarse. Y lo mismo puede decirse del pelo. No lo lleva peinado con gel fijador para conseguir un look descuidado, como de alguien que acaba de levantarse de la cama. El pelo de este tío está despeinado de verdad. Le caen mechones castaños sobre la frente, algunos de ellos muy erráticos y salvajes. Es como si hubiera quedado con alguien a una hora y, al ver que se había

levantado tarde, no se hubiera molestado en mirarse al espejo.

Una apariencia tan descuidada debería echarme para atrás, pero eso es precisamente lo que me llama la atención. Este tipo no me parece egocéntrico en absoluto y, sin embargo, es uno de los hombres más atractivos que he visto en la vida.

«Creo.»

Aunque tal vez se trate de un efecto secundario de mi obsesión por la limpieza. Me gustaría tanto poder ir por el mundo con esa despreocupación que tal vez estoy confundiendo envidia por fascinación.

O tal vez me parece mono porque es una de las pocas personas que no han apartado la mirada inmediatamente al verme.

Todavía tengo que pasar por su lado para llegar a mi mesa y no sé si acelerar el paso para quitarme su mirada de encima o si caminar a cámara lenta para empapar-me de su atención.

Cuando llego a su altura cambia de postura y su mirada empieza a incomodarme. Es demasiado invasiva. Me pica la piel cuando comienzo a ruborizarme, por lo que bajo la vista y dejo que el pelo me cubra buena parte de la cara. Incluso me meto un mechón en la boca para obstaculizarle la visión. No sé por qué me resulta tan incómodo que me mire, pero es así. Hace un momento pensaba en lo mucho que echaba de menos que la gente me mirara, pero, ahora que está sucediendo, lo único que quiero es que deje de hacerlo.

Justo antes de que desaparezca de mi visión periférica, lo miro de reojo y veo un amago de sonrisa.

No debe de haberse fijado en mis cicatrices. No se me ocurre otra razón por la que un tipo como él me haya sonreído.

Uf. Odio pensar eso. Yo antes no era así. Solía ser una chica segura de sí misma, pero el fuego fundió toda mi autoestima. He tratado de recuperarla, pero es difícil creer que alguien pueda encontrarme atractiva cuando no soy capaz ni de mirarme al espejo.

—Nunca me canso —comenta mi padre mientras me siento.

Alzo la cara; casi me había olvidado de su presencia.

—¿De qué?

Él señala con el tenedor al camarero, que se encuentra en la caja registradora.

—De eso, de tener fans. —Se mete un trozo de comida en la boca y sigue hablando con la boca llena—. ¿Y bien? ¿De qué querías hablarme?

—¿Qué te hace pensar que quería hablarte de algo en particular?

Él señala la mesa.

—Estamos comiendo juntos. Es obvio que quieres contarme algo.

Es triste que nuestra relación se haya visto reducida a esto, a saber que una simple comida informal no puede deberse sencillamente a que una hija tenga ganas de ver a su padre.

—Me mudo a Nueva York mañana. Bueno, en realidad me voy esta noche, pero el vuelo sale tarde y cuando llegue a Nueva York ya será el día 10.

Él coge la servilleta para cubrirse la boca cuando le asalta un ataque de tos. Al menos creo que se trata de tos. No creo que se haya atragantado al oír mis novedades.

—¿Nueva York? —repite salpicando comida al hablar. Y luego... se echa a reír.

«Se está riendo.»

Como si la idea de que viva en Nueva York le pareciera una broma.

«No te alteres, Fallon. Tu padre es un capullo, no es ninguna novedad.»

—Pero ¿qué demonios? ¿Por qué? ¿Qué hay en Nueva York? —va preguntando a medida que procesa la información—. No me digas que has conocido a alguien por internet, por favor.

Tengo el pulso disparado. ¿No podría fingir que apoya alguna de mis decisiones, aunque fuera por una vez?

—Necesito un cambio en mi vida. Había pensado presentarme a algún casting en Broadway.

Cuando tenía siete años, mi padre me llevó al teatro a ver *Cats*, en Broadway. Era mi primera visita a Nueva York y lo recuerdo como uno de los mejores viajes de mi vida. Él siempre me había animado a ser actriz, pero, hasta aquel momento, nunca le había hecho caso. Sin embargo, al ver la actuación en directo, supe que tenía que serlo. Jamás pude debutar en el teatro, porque mi padre controló cada paso de mi carrera y él es más aficionado al cine. Durante los últimos dos años no he hecho nada bueno con mi vida. No sé si voy a tener el valor de presentarme a alguna audición, pero el mero hecho de mudarme a Nueva York ha sido una de las decisiones más importantes que he tomado desde el incendio.

Mi padre da un trago a su bebida y, cuando suelta el vaso en la mesa, deja caer los hombros mientras suspira.

—Mira, Fallon. Sé que echas de menos actuar, pero

¿no te parece que ha llegado el momento de probar otras cosas?

Sus motivaciones me importan tan poco a estas alturas que ni siquiera le echo en cara la chorrada que acaba de soltar. Durante toda mi infancia no hizo otra cosa que pincharme para que siguiera sus pasos, pero, tras el incendio, dejó de apoyarme en seco. No soy idiota. Sé que piensa que ya no tengo lo que se necesita para ser actriz, y una parte de mí está de acuerdo con él. Soy consciente del peso que tiene la imagen en Hollywood.

Pero es precisamente por eso por lo que quiero mudarme a Nueva York. Si quiero volver a actuar, el teatro es mi mejor opción.

Ojalá mi padre no fuera tan transparente. Mi madre se entusiasmó cuando le dije que quería mudarme. Tras la graduación me fui a vivir con Amber y apenas he salido de mi apartamento. A mi madre le sabe mal que me vaya lejos, pero se alegra de que al fin me haya decidido a cruzar los confines, no solo de mi piso, sino también del estado de California.

Ojalá mi padre también se diera cuenta de lo trascendente que es el paso que he dado.

—¿Qué pasó con el trabajo de narradora? —me pregunta.

—Sigo con ello. Los audiolibros se graban en estudios y también tienen estudios en Nueva York.

Él pone los ojos en blanco.

—Por desgracia.

—¿Qué problema tienes con los audiolibros?

Me dirige una mirada incrédula.

—¿Aparte del hecho de que narrar audiolibros se con-

sidera lo más bajo en lo que puede caer un actor? Puedes aspirar a algo mejor, Fallon. Joder, ve a la universidad o algo.

Se me cae el alma a los pies. Cuando pienso que no puede ser más egocéntrico, siempre me sorprende.

Deja de masticar y me mira al darse cuenta de lo que acaba de decir. Rápidamente se limpia la boca con la servilleta y me señala con el dedo.

—Sabes que no era eso lo que quería decir. No me refería a que solo puedas dedicarte a los audiolibros. Lo que quiero decir es que creo que puede irte mejor en otro tipo de actividad ahora que no puedes actuar. La narración no da dinero. Y Broadway tampoco, hablando en plata.

Pronuncia «Broadway» como si fuera una palabra venenosa.

—Te recuerdo que hay muchos actores respetables que también se dedican a los audiolibros. ¿Y quieres que te haga una lista de los actores de primer nivel que actúan en Broadway? Tengo todo el día.

Mueve la cabeza en señal de rendición, aunque sé que no está de acuerdo conmigo. Pero se siente mal por haber insultado a uno de los pocos reductos de la actuación que todavía tengo al alcance.

Se lleva el vaso vacío a la boca y echa la cabeza hacia atrás para beberse lo que queda del hielo derretido.

—Agua —pide sacudiendo el vaso en el aire hasta que el camarero asiente con la cabeza y se acerca con una jarra.

Vuelvo a apuñalar el salmón, que ya no está caliente. Espero que termine pronto de comer, porque no creo que

vaya a soportar mucho rato más en su compañía. El único alivio que siento ahora mismo es saber que mañana a estas horas estaré en el extremo opuesto del país. Aunque para lograrlo deba cambiar el sol por la nieve.

—No hagas planes para mediados de enero —me dice cambiando de tema—. Necesito que vuelvas a Los Ángeles una semana.

—¿Por qué? ¿Qué pasa en enero?

—Que a tu padre le han echado el lazo.

Masajeándome la nuca, bajo la mirada hacia mi regazo.

—Mátame, camión.

Siento una punzada de culpabilidad porque, por mucho que desee que un camión me pase por encima ahora mismo, no pretendía decirlo en voz alta.

—Fallon, no puedes saber si te caerá bien o no hasta que no la conozcas.

—No necesito conocerla para saber que no me caerá bien. Al fin y cabo, va a casarse contigo.

Trato de suavizar la frase con una sonrisa sarcástica, pero estoy segura de que él sabe que lo digo muy en serio.

—Por si lo has olvidado, tu madre también eligió casarse conmigo y bien que te gusta.

«Ahí me ha pillado.»

—*Touchée*. Pero, en mi defensa, te recuerdo que es la quinta vez que le pides a una chica que se case contigo desde que tengo diez años.

—Pero solo he tenido tres esposas —especifica.

Finalmente hundo el tenedor en el salmón y le doy un bocado.

—Haces que se me quiten las ganas de relacionarme con hombres —le digo con la boca llena.

Él se echa a reír.

—Menuda novedad. Que yo sepa solo has tenido una cita, y de eso han pasado más de dos años.

Estoy a punto de atragantarme con el salmón.

¿En serio? ¿Dónde estaba yo el día que asignaron padres decentes? ¿Por qué tuvo que tocarme el más idiota entre los capullos?

Me pregunto cuántas veces ha metido ya la pata durante la comida. Más le vale ir con cuidado o acabará por quedarse cojo. No tiene ni idea de qué día es hoy. Si lo supiera, no habría sido tan torpe.

Frunce el ceño y veo que está tratando de pensar alguna disculpa. Estoy segura de que no lo ha dicho con mala intención, pero eso no hace que se me quiten las ganas de vengarme.

Me retiro el pelo por detrás de la oreja, dejando las cicatrices bien a la vista mientras lo miro a los ojos.

—Verás, papá. El caso es que no recibo tanta atención masculina como antes. Ya sabes, antes de que pasara esto —insisto señalándome la cara, aunque me arrepiento al instante de mis palabras.

«¿Por qué siempre tengo que rebajarme a su nivel? Yo no soy así.»

Me mira la mejilla antes de bajar la vista hacia la mesa.

Parece francamente arrepentido, por lo que me planteo darle un poco de cancha y ser más amable con él, pero, antes de poder decirle nada, el tipo que está sentado detrás de mi padre se levanta, haciendo añicos mi capacidad de atención. Trato de volver a cubrirme la cara con el pelo antes de que se dé la vuelta, pero es demasiado tarde. Vuelve a contemplarme fijamente, y me dirige la misma sonri-

sa que hace un rato. Esta vez, le sostengo la mirada. De hecho, no aparto los ojos de él mientras se acerca a nuestra mesa. Sin darme tiempo a reaccionar, se sienta a mi lado en el banco.

«Pero ¿qué coño hace?»

—Siento llegar tarde, cariño —me saluda mientras me pasa el brazo por los hombros.

«Acaba de llamarme “cariño”. Este desconocido acaba de abrazarme por los hombros y me ha llamado “cariño”.»

«¿Qué demonios está pasando aquí?»

Miro a mi padre pensando que tal vez están compinchados, pero él parece aún más sorprendido que yo.

Me tenso bajo el brazo del desconocido al notar que me apoya los labios contra la cabeza.

—El dichoso tráfico de Los Ángeles —murmura.

«El desconocido acaba de rozarme el pelo con los labios.»

Qué.

Demonios.

Está.

Pasando.

El tipo alarga la mano por encima de la mesa y se la ofrece a mi padre.

—Soy Ben —dice—. Benton James Kessler. El novio de su hija.

¿El... qué... de su hija?

Mi padre le devuelve el saludo estrechándole la mano. Estoy convencida de que tengo la boca abierta, por lo que me apresuro a cerrarla. No quiero que mi padre sepa que no tengo ni idea de quién es este tipo. Y tampoco quiero que el tal Benton se piense que me he quedado boquiabierta

porque valoro su atención. Si lo estoy mirando es solo porque..., bueno..., porque está claro que está como una cabra.

Suelta la mano de mi padre y se acomoda en el asiento. Me guiña el ojo y se inclina hacia mí, colocando la boca tan cerca de mi oreja que se está ganando un puñetazo.

—Sígueme la corriente —susurra.

Se echa hacia atrás sin dejar de sonreír.

«¿Quiere que le siga la corriente?»

¿Qué es esto? ¿Sus deberes para la clase de improvisación?

Y entonces caigo.

Ha estado escuchando nuestra conversación. Y debe de habersele ocurrido esto de fingir ser mi novio como manera de darle a mi padre en las narices.

«Ja. Creo que me gusta mi nuevo novio de mentira.»

Ahora que sé que quiere burlarse de mi padre, le dirijo una sonrisa cariñosa.

—Ya pensaba que no ibas a llegar. —Me inclino hacia él mientras miro a mi padre.

—Ya sabes las ganas que tenía de conocer a tu padre, cariño. Apenas lo ves. Por eso hoy tenía que llegar, sí o sí; ningún atasco de tráfico lo habría evitado.

Le dirijo a mi nuevo falso novio una sonrisa de satisfacción al oír la pulla que le ha lanzado a mi padre.

El padre de Ben debe de ser tan capullo como el mío, porque parece saber exactamente lo que tiene que decir.

—Ah, perdón. —Ben se vuelve hacia mi padre—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

La mirada que le dirige mi padre cambia y se llena de desaprobación.

«Dios, ¡cómo me gusta esto!»

—Donovan O’Neil —responde mi padre—. Probablemente te sonará el nombre. Era el protagonista de...

—Nop —lo interrumpe Ben—. No me suena de nada. —Se vuelve hacia mí y me guiña el ojo—. Pero Fallon me ha hablado mucho de usted. —Me pellizca la barbilla antes de volverse de nuevo hacia mi padre—. Y hablando de nuestra chica, ¿qué piensa de que vaya a mudarse a Nueva York nada menos? —Me mira y frunce el ceño—. No quiero que mi bichito se vaya a otra ciudad, pero, si es para conseguir su sueño, me aseguraré de que no pierda el avión.

«¿Bichito?»

Tiene suerte de ser mi falso novio, porque me están entrando ganas de darle un puñetazo en sus falsas pelotas por ponerme un mote tan ridículo.

Mi padre se aclara la garganta, claramente incómodo con nuestro nuevo invitado.

—Se me ocurren unos cuantos sueños que una joven de dieciocho años podría querer perseguir, pero Broadway no es uno de ellos. Sobre todo, después de su carrera anterior. Para ella, Broadway sería dar un paso atrás, en mi opinión.

Ben se cambia de postura en el asiento. Huele muy bien. Creo. Aunque llevo tanto tiempo sin sentarme tan cerca de un chico que tal vez su olor sea absolutamente normal.

—En ese caso es una suerte que haya cumplido ya los dieciocho años —le replica—. La opinión paterna sobre lo que haga con su vida ya no tiene demasiado peso a estas alturas.

Sé que está actuando, pero es la primera vez que alguien me defiende de esta manera y eso hace que sienta una opresión en los pulmones.

«Mis pulmones son idiotas.»

—No es solo una opinión, ya que viene de un profesional de la industria. Es un hecho —le rebate mi padre—. Llevo en este sector el tiempo suficiente para saber cuándo alguien debe retirarse de la escena.

Me vuelvo bruscamente hacia mi padre mientras el brazo de Ben se tensa alrededor de mis hombros.

—¿Retirarse? —le cuestiona Ben—. ¿Acaba de decir..., en voz alta..., que su hija debe rendirse?

Mi padre pone los ojos en blanco y se cruza de brazos mientras fulmina a Ben con la mirada. Él aparta el brazo que tenía sobre mis hombros e imita la postura y la mirada de mi padre.

Por Dios, esto es incomodísimo. Y alucinante. Nunca había visto a mi padre así. Nunca ha mostrado una antipatía tan grande por alguien a quien acaba de conocer.

—Escúchame, Ben. —Pronuncia su nombre como si hubiera probado algo desagradable—. Fallon no necesita que le llenes la cabeza de tonterías solo porque a ti te apeetece un polvo fácil en la Costa Este.

Por el amor de Dios. ¿Mi padre acaba de referirse a mí como el polvo fácil de este tío? Lo contemplo boquiabierto mientras él sigue hablando.

—Mi hija es lista y fuerte. Y ha aceptado que la carrera en la que ha trabajado durante toda su vida ha quedado descartada después de... —Me señala con la mano—. Después de que...

Incapaz de acabar la frase, su rostro se contrae en una

mueca de dolor. Sé exactamente las palabras que iba a decir: las que lleva dos años sin poder pronunciar.

Hace dos años era una de las actrices adolescentes más precoces y prometedoras, pero, cuando el incendio chamuscó mi atractivo, el estudio dio por zanjado el contrato. Creo que para mi padre ha sido más duro dejar de ser el padre de una actriz que el propio hecho de que su hija estuviera a punto de morir en el incendio que él mismo provocó por una imprudencia.

Después de que el estudio me rescindiera el contrato, no volvimos a hablar de la posibilidad de que volviera a actuar. La verdad es que ya no hablamos de nada. Ha dejado de ser el padre que durante un año y medio pasó días enteros a mi lado, acompañándome en el plató, y se ha convertido en alguien a quien veo, con suerte, una vez al mes.

Así que esta vez va a acabar la maldita frase le guste o no. Llevo dos años esperando a que admita que no puedo seguir actuando por culpa de mi aspecto físico. Hasta ahora ha sido algo que se sobreentendía. Comentamos que ya no actúo, pero nunca mencionamos la razón. Ya que saca el tema, estaría bien que admitiera que el incendio también destruyó nuestra relación. Desde que ya no es mi asesor escénico y mi mánager, no sabe cómo hacer de padre.

Lo miro con los ojos entornados.

—Acaba la frase, papá.

Niega con la cabeza, como si quisiera que nos olvidáramos del tema, pero yo alzo una ceja, instándolo a seguir.

—¿En serio quieres hacer esto ahora? —Mira a Ben, usándolo como excusa.

—Pues sí; la verdad es que sí.

Mi padre cierra los ojos y respira hondo. Cuando vuelve a abrirlos, se inclina hacia delante y apoya los brazos doblados sobre la mesa.

—Sabes que pienso que eres preciosa, Fallon; deja de malinterpretar mis palabras. Pero esta industria tiene unos estándares superiores a los de un padre, y lo único que podemos hacer es aceptarlo. De hecho, pensaba que ya lo habíamos aceptado —añade mirando a Ben de reojo.

Me muerdo la mejilla por dentro para no soltarle algo de lo que luego vaya a arrepentirme. Siempre he sabido la verdad. Cuando me vi en el espejo por primera vez en el hospital, supe que todo había acabado. Pero hoy no venía preparada para que mi padre me dijera que debo renunciar a mis sueños.

—Buf —murmura Ben—. Eso ha sido... —Mira a mi padre y niega con la cabeza, indignado—. Es su padre, por favor.

Si no fuera porque sé que no es posible, habría jurado que la mueca de Ben era auténtica y no una actuación.

—Exacto, soy su padre; no su madre, que le dice cualquier cosa para hacerla sentir mejor. Nueva York y Los Ángeles están llenos de chicas que persiguen ese mismo sueño. Son miles. Algunas de ellas tienen un talento extraordinario y son excepcionalmente bellas. Fallon sabe que pienso que ella tiene más talento que todas esas chicas juntas, pero también sé que es realista. Todos tenemos sueños, pero, por desgracia, ella ya no posee las herramientas que le permitirían alcanzar los suyos. Ha de aceptarlo antes de gastarse el dinero en una mudanza a la otra

punta del país que no va a servirle de una mierda en su carrera.

Cierro los ojos. El que acuñó la frase de que la verdad duele era un optimista que se quedó muy corto. La verdad es una hija de puta que te causa un dolor insoportable.

—¡Por Dios! —exclama Ben—. Es increíble.

—Y tú no estás siendo realista —replica mi padre.

Abro los ojos y le doy un codazo a Ben para hacerle saber que quiero salir del banco. No puedo seguir con esto.

Ben no se mueve. En vez de eso, desliza la mano por debajo de la mesa y me aprieta la rodilla, animándome a permanecer sentada.

Se me contrae la pierna, porque mi cuerpo le está enviando señales contradictorias a mi cerebro. Estoy furiosa con mi padre. Muy furiosa. Pero, al mismo tiempo, la defensa de este completo desconocido que se ha puesto de mi lado sin motivo aparente me consuela. Quiero gritar y sonreír y llorar, pero, sobre todo, quiero algo de comer. Porque resulta que ahora tengo hambre y me gustaría que el salmón estuviera caliente, ¡maldita sea!

Trato de relajar la pierna para que Ben no note lo tensa que estoy, pero es que es el primer hombre que me toca en mucho tiempo. La sensación es un poco rara, la verdad.

—Deje que le haga una pregunta, señor O’Neil —dice Ben—. ¿Sabe si Johnny Cash tenía el labio leporino?

Mi padre guarda silencio y yo también. Espero que la pregunta de Ben tenga algún sentido. Iba todo muy bien hasta que ha empezado a hablar de cantantes de country.

Mi padre lo mira como si estuviera loco.

—¿Qué demonios tiene que ver un cantante de country con nuestra conversación?

—Todo —replica Ben con rapidez—. Y no, no lo tenía. Sin embargo, el actor que lo interpretó en *En la cuerda floja* tenía una prominente cicatriz en el labio. De hecho, Joaquin Phoenix fue nominado a un Premio de la Academia por ese papel.

Se me acelera el pulso al darme cuenta de lo que está haciendo.

—Y ¿qué me dice de Idi Amin? —insiste Ben.

Mi padre pone los ojos en blanco, cansado del interrogatorio.

—¿Qué pasa con él?

—Que no tenía un ojo vago. Y, sin embargo, el actor que interpretó su papel, Forest Whitaker, sí. Curiosamente, también fue nominado por la Academia. Y ganó.

Es la primera vez que veo a alguien poner a mi padre en su sitio. La conversación me está resultando incómoda, pero no lo suficiente como para no disfrutar de este momento tan bonito como único.

—Enhorabuena —replica mi padre, en absoluto convencido—. Has nombrado dos ejemplos de éxito entre millones de fracasos.

Trato de no tomarme las palabras de mi padre personalmente, pero no es fácil. Sé que, a estas alturas, la conversación se ha convertido en una lucha de poder entre los dos y que yo ya no pinto gran cosa, pero me siento muy decepcionada al comprobar que mi padre prefiere ganarle una discusión a un desconocido que defender a su hija.

—Si su hija tiene tanto talento como dice, ¿por qué no la anima a perseguir sus sueños? ¿Por qué insiste en que vea el mundo a través de sus ojos?

Mi padre se pone tenso y deja de tutearlo, marcando distancias.

—¿Puede saberse cómo piensa que veo el mundo, señor Kessler?

Ben se echa hacia atrás en el asiento sin romper el contacto visual.

—A través de los ojos cerrados de un capullo arrogante.

El silencio que se hace me recuerda a la calma antes de la tormenta. Temo que alguno de los dos pase a las manos, pero, en vez de eso, mi padre se mete la mano en el bolsillo y saca la cartera. Suelta unos cuantos billetes sobre la mesa y me mira a los ojos.

—Tal vez yo me pase de sincero, pero, si prefieres oír patrañas, creo que este gilipollas es perfecto para ti. —Se desplaza por el banco para marcharse—. Apuesto a que a tu madre le encanta —murmura.

Me encojo al oír sus palabras, y siento unas ganas enormes de devolverle el insulto. Quiero encontrar uno tan épico que le deje el ego herido varios días. El problema es que es imposible encontrar algo que hiera a un hombre sin corazón.

Así que, en vez de gritarle cualquier cosa mientras se dirige a la salida, me quedo sentada en silencio.

Con mi novio de mentira.

«Este tiene que ser el momento más incómodo y humillante de mi vida.»

Cuando noto que me empieza a caer una lágrima, empujo a Ben.

—Necesito salir de aquí —susurro—, por favor.

Él se levanta del banco, y yo paso por su lado con la cabeza baja. No me atrevo a mirarlo por encima del

hombro mientras me dirijo a los baños. Que un desconocido haya sentido la necesidad de fingir ser mi novio ya es lo bastante humillante. Y, para empeorar las cosas, ha sido testigo de la peor discusión que he tenido con mi padre.

Si yo fuera Benton James Kessler, a estas alturas ya habría cortado conmigo de mentira.